

Presentación

Hacer filosofía, parafraseando a Aristóteles, se dice de muchas maneras (λέγεται πολλὰχῶς), y hasta tal punto llega a la pluralidad que incluso quienes nos sentimos ya halagados con que nos califiquen como profesores de la materia, muchas veces somos incluidos entre sus cultores. Todavía más, quienes nos dedicamos al estudio de los pensadores más antiguos de Occidente, también terminamos en esa selecta lista de los *filósofos* y *filósofas*.

Quizás lo propio sería que, frente a ello, nos quedáramos detrás de la barda, en ese ruedo en el que se disputan otros el valor de las ideas, solo pendientes del trabajo histórico-filosófico más técnico. Pero, como dice Pierre Aubenque, *en el caso de la filosofía, la dificultad de aplicar la regla habitual de la objetividad histórica es de fondo*¹. Es difícil obviar la tentación de decir por nosotros mismos, por muy objetivos y rigurosamente académicos que queramos ser con la puesta en escena del pensamiento filosófico. Decir desde nuestro pensar es de alguna manera no solo leer para interpretar, sino también interpretar para leer.

Por supuesto, hay referentes de hermenéutica filosófica que van más allá de lo usual —¿cómo no decirlo de Heidegger, Hegel, Crisipo o Aristóteles?—, y quizás nosotros difícilmente podamos evadir nuestra responsabilidad académica de formar adecuadamente a los estudiantes que se acercan a lo más comúnmente enseñado del pensamiento filosófico, los griegos. Y, no obstante, nuestras voces también quisieran ser oídas.

Evidentemente, al señalar esta curiosa situación del especialista en historia del pensamiento antiguo, no podemos obviar una condición que por mucho que supongamos superada, sigue marcándonos: las voces que quieren ser aquí escuchadas, viven en la periferia. En este número especial de la *Revista de Filosofía de la UCR* (RFUCR) se recogen trabajos efectivamente pensados y elaborados desde Latinoamérica, incluso auspiciados por una pequeña asociación que paulatinamente ha venido creciendo en sus expectativas y realidades, pero que todavía podemos considerar incipiente.

Y ¿cómo hablar sobre lo que los otros, los “filósofos” del primer mundo, han tenido prioridad, autoridad y además verdadera tradición? Algunos podrían decir que solo toca ofrecer unas notas aclaratorias a los tratados verdaderos; otros, que interesamos desde una perspectiva pedagógica; otros, que en la medida de lo posible, podría validarse lo nuestro si recogemos en notas y doctrinas lo que han enseñado quienes avanzan primero y mejor; finalmente, se diría que hay permiso en cuanto nos podamos remitir a *lo mismo* en sentido estricto. Mas semejantes posiciones resultan muy poco deseables. Es obvio que nadie aspira a solo ello.

Con todo, valga plantear una contrariedad, esta visión que subyace en los párrafos anteriores, que está marcada por lo que podríamos denominar un *romanticismo de la diferencia*, en la medida en que supone que tendríamos que quitarnos el yugo colonial para encontrar nuestra verdadera liberación y así se mostrarían nuestras verdaderas fuerzas e incluso superioridad; evidentemente sería muestra de una inocencia candorosa. Quienes estamos enseñando básicamente de manera sistemática filosofía griega no tenemos otro remedio que traer a colación los problemas de los europeos, incluso de manera especial aquellos que seguramente nos verían como bárbaros de baja estirpe. Además es muy claro que las tradiciones interpretativas que desde el s. XIX han venido creciendo e intensificándose, no son simplemente obvias, pues han aportado bases y cuestionamientos que realmente facilitan el trabajo de la interpretación, comprensión y transmisión del pensamiento. Por otra parte, la mayoría de quienes nos formamos en la disciplina de la filosofía antigua, lo hemos hecho gracias a las bases filosóficas, filológicas y las fortalezas técnicas que algunos de los más reconocidos intérpretes internacionales han ofrecido, sea porque nos vinculamos con ellos directamente o porque están presentes en nuestras bibliotecas.

De esta manera, el trabajo que intentamos realizar en este campo resulta en algunos sentidos paradójico, aunque no por ello habremos de entrar en una suspensión de juicio y acción, y menos aún debemos sentarnos a resolver la situación, como si tuviésemos la fórmula mágica: una decisión salomónica o tiránica, democrática o salvífica. Más bien, en correspondencia con ello, antes que cualquier otra cosa tendríamos más bien que empezar a reconocer nuestra situación y mirar nuestras posibilidades, a fin de volverlas ventajosas.

Como investigadores y docentes de una zona en los márgenes de un mundo globalizado, las oportunidades parecen escuálidas y, sin embargo, no lo son así. De hecho ya hay muestras suficientes de que las cosas se vienen haciendo bien, no solo porque se ha logrado una notable inversión de nuestros universitarios, en apoyo a la generación de pesquisas, publicaciones, congresos; sino también porque se cuenta con múltiples grupos y un creciente número de personas que animosamente se vinculan a estas cuestiones. Y ello no se da porque tengamos el favor de los *verdaderos profesores*, pero tampoco porque le damos la espalda a la tradición.

De cualquier manera, trabajar en nuestros países otorga una enorme ventaja que habría que destacar: la distancia frente a los núcleos de gran poder académico —que en realidad no es tan grande como muchos quisieran señalar— otorga una libertad distinta, en la medida en que conocemos a los demás, hemos aprendido técnicamente que incluso es necesario citarlos, pero no estamos obligados a seguirlos *a pies juntillas*, pues no tenemos por qué sumarnos a determinadas líneas de investigación como exclusivas —aunque muchas veces lo hacemos a fin de tener ese reconocimiento académico que nos permite trabajar con tranquilidad—.

El especialista en filosofía antigua, con todo, sí tiene responsabilidades que son muy considerables, sobre todo cuando tantas veces le corresponde ofrecer los primeros cursos de cátedra en los departamentos, institutos y escuelas de filosofía; y con ello se ve obligado a convertirse en un referente de la recreación de los humanismos universitarios. Así, su misma especialidad tiende a convertirse en una razón persuasiva, que, representando de nuevo a Sócrates, lo debe convertir todavía en un modelo para el desarrollo de la metodología y la propia vida filosófica; que explicitando a Parménides, pone a todos a delirar como si el proyecto filosófico de la ontología monista pudiese volver a transformar todo el pensamiento; que vagando por los avatares de la entidad aristotélica, nos terminará retratando el acontecer mismo de la *temporalidad*. Sí, los antiguos siguen llevando, trayendo, y nosotros que los enseñamos nos convertimos en sus primeros, y acaso también principales, impulsores.

Al lado de esta tarea, es una consigna de quien se dedica a estos menesteres, aumentar el bagaje del conocimiento hasta ahora acumulado, procurando innovar desde el enorme peso de una tradición prácticamente inabarcable. Esta labor resulta imposible a la vista de la innumerable producción especializada, pero nos encontramos en general con sorprendentes apuestas, especialmente en aquellos que vuelven vital lo que estudian y afirman.

Además, en el presente somos los de filosofía antigua quienes quizás contamos con las mejores herramientas tecnológicas para nuestra labor: ¿qué otra época de la historia del pensamiento se puede estudiar con todos los textos, o la inmensa mayoría de estos, a disposición electrónica? Para esto la labor colaborativa ha sido ejemplar en todos los sentidos. Aunque todavía estamos lejos de tener plena participación en las grandes comunidades académicas². Es cierto que se han venido dando pasos agigantados en el acercamiento de nuestros países a nivel académico, pese a las dificultades presupuestarias, a lejanías auspiciadas por medios de transporte que procuran mantenernos más cerca de Miami o París que de nuestros países. Pero de algún modo nos hemos venido convenciendo de que esa facilidad que propicia compartir idioma o entendernos entre hablantes tan cercanos como los del portugués y el español, tiene que aprovecharse, así como esa cercanía, ya no geográfica, sino en lo que de una u otra manera amamos y disfrutamos más en nuestra vida. Podemos decir, además, que en este momento que ya entre nosotros existen efectivos lazos académicos: hemos empezado a aprender, a aprovechar los trabajos que se van aportando, a incluso escribir juntos.

Por supuesto, la tarea pendiente es enorme, empezando por la necesidad de hacer un verdadero acopio de lo que ya se ha alcanzado, por lograr acercar a todos los actores del campo, así como impulsar efectivamente la comunidad que aspiramos.

La Asociación Latinoamericana de Filosofía Antigua (ALFA), una instancia que surgió como alternativa de respuesta a estas y muchas otras búsquedas, en setiembre del año 2004 en la ciudad de Medellín, Colombia, que se consolidó en esa misma ciudad con la organización en el año 2006 del **I Encuentro Latinoamericano de Filosofía Antigua**, y que el 22 de abril 2009, en la Finca experimental de la Universidad de Costa Rica de Fraijanes, Alajuela, tuvo finalmente su constitución legal, aprovechando la celebración del **II Encuentro**; ha querido asumir el reto de construir espacios y sentidos de unidad entre nosotros. En varios países latinoamericanos existen ya organizaciones que les ha permitido crecer cualitativamente, sobre todo porque lo que suele denominarse *masa crítica* es precisamente una de las razones fundamentales para valorar y encauzar la labor, y así tienen una experiencia muy significativa en la gestación de encuentros, congresos, simposios, publicaciones, etc.; pero es hasta ahora que podemos decir que tenemos una instancia regional que nos permite acercarnos a todos, y que obviamente confiamos que con el tiempo se vuelva un referente fundamental para nosotros, así como para el resto del mundo.

La RFUCR como contribución precisamente a esta labor, tiene el gusto de presentar una muestra mayoritaria de los trabajos que se ofrecieron en el **II Encuentro Latinoamericano de Filosofía Antigua**, celebrado en la Universidad de Costa Rica en el mes de abril de 2009, al que dieron cita académicos de México, Venezuela, Perú, Colombia, Chile, Brasil, Argentina, además del país anfitrión; junto a ellos se tuvo tres invitados especiales, procedentes de Francia, Portugal e Italia; sin duda una muestra muy significativa de lo que venimos hablando.

Los trabajos que se incorporan en este número han sido ordenados respondiendo al orden histórico aproximativo y no a la naturaleza de los mismos. Valga en este sentido tener en cuenta que algunos son conferencias, otros ensayos filosóficos, otros estudios puntuales sobre autores o aspectos del pensamiento antiguo, todos con la pretensión de aportar a una tradición que ya es fecunda, pero espera consolidarse aún más, hasta el punto de llegar a convertirse en indispensable en los medios en que la filosofía sigue siendo un punto de inflexión.

Notas

1. “La historia de la filosofía, ¿es o no filosófica? Sí y no”. En Barbara Cassin (1994), *Nuestros griegos y sus modernos*, Buenos Aires: Manantial, p. 21.
2. Cf. a modo de ejemplo, las estadísticas idiomáticas de aportes al Proyecto Perseus: <http://www.perseus.tufts.edu/hopper/>

Luis Alberto Fallas López

Editor Invitado

Instituto de Investigaciones Filosóficas

Asociación Latinoamericana de Filosofía Antigua